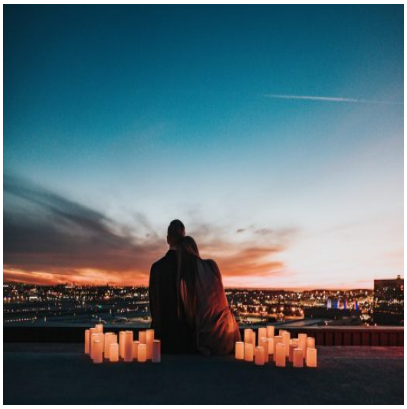

CONMEMORACIÃ?N DE LOS FIELES DIFUNTOS

DescripciÃ³n

NUESTRO DESTINO ES ETERNO

DespuÃ©s de celebrar ayer la solemnidad de Todos los Santos, la Iglesia nos invita hoy a conmemorar a Todos los Fieles Difuntos. A dirigir nuestra mirada a esas miles y millones de personas que nos han precedido y que han finalizado su camino terreno.

Siempre estas fechas nos mueven a considerar esas verdades fundamentales del fin de nuestra vida terrena. Por amor, no por temor, y nos ayuda a vivir cara a Dios con sentido de eternidad. No se puede olvidar que tenemos un destino eterno.

Dios nos ha creado el tiempo, pero nos ha creado para la eternidad.

â??La vida de los que en ti creemos SeÃ±or no termina, se transforma y al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una mansiÃ³n eterna en el Cieloâ??

-Se lee en el prefacio de la misa de difuntos.

COMUNIÃ?N DE LOS SANTOS

La vida cambia no se quita, los fieles difuntos viven con Cristo despuÃ©s de haber sido sepultados con Ã?l en la muerte y para ellos el tiempo de la prueba ha terminado, dejando ya ahora el puesto al tiempo de la recompensa.

QuizÃ¡s muchos en estos dÃas visitarÃ¡n el cementerio, rezaran por sus seres queridos, es como ir a visitarlos para expresarles una vez mÃ¡s nuestro afecto, para sentirlos todavÃa cercanos. Recordando tambiÃ©n un artÃculo del Credo que muchas veces pasamos por alto, que es la â??ComuniÃ³n de los Santosâ??, donde se establece un vÃnculo muy estrecho entre nosotros, entre los que aÃºn caminamos en esta tierra, y las numerosas personas que ya han alcanzado la eternidad.

Desde siempre, en toda cultura el hombre se ha preocupado de sus difuntos, tratando de darles como una especie de segunda vida a travÃ©s de la atenciÃ³n,Â del cuidado y del afecto, es como ese querer conservar, su experiencia de vida y pues de modo un poco paradÃ³jico, desde las tumbas ante las cuales se arropan recuerdos descubrimos cÃ³mo vivieron, las cosas que quisieron, que amaron, las cosas que esperaron, las cosas que detestaron. Las tumbas son como un espejo del mundo de aquellos que nos precedieron.

LA TEMIDA MUERTE

La muerte lamentablemente con frecuencia, es un tema casi prohibido en nuestra sociedad, que aparece como una ficciÃ³n en las pelÃculas, pero no como una realidad que tarde o temprano nos llegarÃ¡ inexorablemente.

Antiguamente se intentaba quitar por todos los medios y de nuestra sociedad actual, el pensamiento de la muerte, sabiendo que Ã©sta nos toca a cada uno de nosotros. Y ante este misterio todos inconscientemente tambiÃ©n buscamos algo que nos invite a esperar, un signo que nos proporcione consolaciÃ³n, que abra los horizontes, que ofrezca tambiÃ©n futuro.

Sin duda la muerte es una senda de esperanza, y que ahora al recorrer las tumbas de nuestros familiares, y de personas queridas, es como realizar un camino marcado por la esperanza y la eternidad.

Ciertamente experimentamos temor ante la muerte, y le tenemos miedo a la muerte porque le tenemos miedo a la nada, a este partir hacia algo que no conocemos, que ignoramos, y puede haber en las personas un sentido de rechazo, pues, no podemos aceptar que todo lo bello, que todo lo grande, que lo bueno de esta vida se borre asÃ de una vez, y que caemos en el abismo de la nada; sobretodo sentimos que el amor requiere y pide eternidad, y no se puede aceptar que la muerte lo destruya todo en un solo momento.

Sentimos tambiÃ©n temor porque cuando nos encontramos hacia el final de la existencia existe esa percepciÃ³n de que hay un juicio sobre nuestras acciones, sobre cÃ³mo hemos gestionado nuestra vida, y hoy nuestra sociedad se ha vuelto un poco racional y toda realidad se quiere afrontar con los criterios de la ciencia experimental, sobretodo en la muerte no vale, no es suficiente.

ES ESPERANZA…

Por eso la solemnidad que celebramos ayer de Todos los Santos y hoy la CongregaciÃ³n de los Fieles Difuntos, nos dice que solamente quien pueda reconocer una gran esperanza en la muerte, puede vivir tambiÃ©n una vida a partir de la esperanza.

Si reducimos al hombre exclusivamente a su dimensiÃ³n terrena, pues la misma vida pierde su sentido. Necesitamos eternidad, sentido de eternidad, cualquier otra esperanza que no sea eterna es muy breve, es muy limitada, siempre es caduca.

El hombre se explica, -lo decÃa el Papa Benedicto- y encuentra su sentido mÃ¡s profundo solamente si existe Dios. Y nosotros sabemos que Dios saliÃ³ de su lejanÃa y se hizo cercano, entrÃ³ en nuestra vida, y nos dice:

â??Yo soy la resurrecciÃ³n y la vida. Â El que cree en MÃ, aunque haya muerto, vivirÃ¡; y el que estÃ¡ vivo y cree en MÃ, no morirÃ¡ para siempreâ??*Â*

(Jn 11, 25).

Â¿QUÃ? NOS DICE LA FÃ??

Ante esta realidad de la muerte, el ser humano de toda Ã©poca ha buscado como una rendija de luz que le permita esperar. Respondemos a la fe en Dios con una mirada de sÃ³lida esperanza que se funda en la muerte y resurrecciÃ³n de Jesucristo. Entonces vemos la muerte como apertura a la vida y a la vida eterna. Que no es un duplicado del tiempo presente, sino algo completamente nuevo.

La fe nos dice que la verdadera inmortalidad a la que aspiramos no es una idea. No es un concepto. Sino es una verdadera relaciÃ³n de comuniÃ³n plena con ese Dios vivo. Es estar en sus manos, estar

en su amor, y es transformarnos en Ã?l, en una sola cosa, con todos los demÃ¡s que nos han precedido. Con toda la creaciÃ³n. Y nuestra esperanza descansa entonces en ese amor de Dios que resplandece tambiÃ©n en la Cruz de Cristo. Y hace que resuenen en los corazones esas palabras de JesÃºs al buen ladrÃ³n***:Â***

*â??**Hoy estarÃ¡s conmigo en el paraÃsoâ??Â***

(Lc 23,43).

Esta es la vida que alcanza su plenitud, la vida en Dios, una vida que ahora solo la podemos entrever.

UNA ORACIÃ?N POR LOS QUE NO ESTÃ?N CON NOSOTROS

Hoy ofreceremos tambiÃ©n en sufragio por todos los fieles difuntos. Principalmente ofreceremos la Santa Misa, la comuniÃ³n y el rosario. Al mismo tiempo pedir a Dios Nuestro SeÃ±or que, para cada uno de nosotros el morir sea un cerrar los ojos, y dormirse para despertarse en el Cielo.

La brevedad de la vida nos habla tambiÃ©n de aprovechar bien el tiempo, hacer fructificar esos talentos que hemos recibido de Dios. Aprovechar el tiempo para desprendernos de las cosas de la tierra, para crecer en el amor a Dios, para acercarles muchas almas.

Y para alcanzar este premio contamos siempre con la ayuda maternal de nuestra madre la Virgen SantÃsima y Ella nos prepara un camino seguro. Ella es nuestra abogada. Lo que decimos en el Ave MarÃa:

â??â?¦ ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerteâ??.